

Global y local: Identidades territoriales y mesogobiernos

Luis Moreno

Unidad de Políticas Comparadas (CSIC, Madrid)

La interacción local-global, las identidades territoriales, y la incidencia del ámbito mesocomunitario en la vida política y social concentran la principal atención del presente trabajo. El marco general de análisis es el hemisferio occidental y, en particular, el ámbito de la Unión Europea. Se deja constancia que otros órdenes identitarios también queda afectados por la globalización, tales como los relativos a la cultura, el género, las instituciones políticas, la religión o hasta las condiciones sociobiológicas de los individuos. No obstante, circunscribimos nuestro examen a la relación entre identidad y territorio.

En los años de tránsito del tercer milenio los ciudadanos descubren nuevos horizontes en la comprensión de su vida individual y colectiva. En paralelo a su condición de 'animal de cercanías'¹, el ciudadano dispone de un acceso fácil, directo y rápido a un sinfín de informaciones y productos generadas desde los cuatro puntos cardinales planetarios. El ordenador personal, el monitor de televisión y la red de comunicaciones universales de internet han abierto una ventana instantánea al mundo exterior desde el ámbito más íntimo y hogareño². Ello permite, por ejemplo, que se puedan intercambiar cibernéticamente opiniones con personas residentes en los ambientes sociales y geográficos más dispares sobre los temas más diversos.

La manipulación informativa, mediante la restricción o la parcialidad mediáticas, ha dado paso a una significativa democratización comunicacional. Hoy en día el poder económico, político y social están determinados en mayor medida por la 'digestión' de la avalancha de noticias que por la tradicional escasez y regulación interesada de las informaciones e imágenes de representación.

Dado este contexto de acelerado cambio social, se observa una pugna por reconstruir la vieja dicotomía entre lo propio y lo ajeno. Como no podía ser menos, las identidades territoriales se hallan asimismo sometidas a un proceso de redefinición con derivaciones para la cultura política, la vida ciudadana, la movilización social y el entramado institucional. La incidencia de la mundialización

¹ Según la sugestiva aseveración del profesor Francisco Murillo. El presente texto es el resultado de una adaptación del capítulo en inglés editado por William Safran y Ramón Máiz (2000), y del artículo publicado en *Inguruak, Revista Vasca de Sociología y Ciencia Política* (nº 20, pp. 117-139).

² El propio Immanuel Wallerstein (1974), pionero en la conceptualización global frente a los análisis estatistas (*state-centred*), ya resaltó la importancia de los hogares en la futura configuración de las relaciones socioeconómicas y como unidades básicas del sistema mundial (1984).

económica en dicho proceso es crucial aunque cabe interpretarla de naturaleza más perceptiva que real (Strange 1995)³.

El trasvase de autoridad estatal a los mercados internacionales se ha efectuado en paralelo con un aumento de la capacidad de influencia de los mesogobiernos en áreas acotadas tradicionalmente a las administraciones estatales. Corresponde ello a una más activa participación de los ciudadanos en el ámbito mesocomunitario, particularmente en Europa, el cual se sitúa en una posición de equidistancia respecto al tradicional estado-nación y otras instituciones transnacionales. Los mesogobiernos ya no dependen necesariamente de la acción 'racionalizadora' de las élites centrales y de los programas de formación estatal característicos de los siglos XIX y XX.

El nivel intermedio de la acción política cuenta con su propia burocracia e *intelligentsia* que sirven de 'puente' entre lo local y lo global. En realidad, su legitimidad se fundamenta en un tipo de *localismo cosmopolita* que se manifiesta no sólo en naciones minoritarias que forman parte de un estado plural (Cataluña, Escocia), sino en regiones (Languedoc, Véneto) o áreas metropolitanas (Berlín, Bruselas). Tales manifestaciones del localismo cosmopolita parecen seguir pautas de revitalización de pasadas y florecientes comunidades políticas (estados-ciudad transalpinos, mancomunidad hanseática, principalidades centroeuropeas). Empero, y en contraste con el período renacentista, existen unos intereses socioeconómicos comunes y unas instituciones y valores compartidos en el seno de la Unión Europea.

En la primera sección de este trabajo se efectúa una revisión conceptual de aquellas ideas y soportes teóricos que sirven de base y marco para la discusión posterior. Modernización, etnoterritorialidad, identidades múltiples o acomodación territorial son algunos de las nociones examinadas. Una puntual digresión crítica respecto de ciertos enfoques difusionistas, funcionalistas, multiculturalistas y neoinstitucionalistas persigue resaltar el protagonismo que lo territorial posee en los conflictos sociales contemporáneos.

En la segunda sección se realiza una revisión de las implicaciones del nuevo marco de mundialización económica, y la progresiva penetración de los valores del mercado y la concurrencia global en áreas antes acotadas por la acción estatal. Finalmente, la tercera sección aborda una reflexión sobre el creciente protagonismo del nivel mesocomunitario en la vida social y a la naturaleza fluida entre los planos de adscripción identitaria de base territorial. Se trata de un desarrollo que, en el caso de la Unión Europea, combina los principios de exigencia democrática y subsidiariedad territorial y se manifiesta en un nuevo localismo cosmopolita.

³ Cabe argüir que las tesis de la globalización económica y las prescripciones políticas 'desregularizadoras' anglo-norteamericanas no se basan en la evidencia empírica. Es más, se arguye que los procesos de readaptación confrontados por los estados del bienestar (sobre todo en el Primer Mundo) deben adecuarse individualmente a sus propias peculiaridades nacionales económicas, políticas y sociales, evitando confundir globalización con la universalización de la experiencia norteamericana (Fligstein, 1998).

Premisas y conceptos

La modernización trajo junto con el estado-nación la noción de una identidad ciudadana omniabarcante enraizada en los órdenes cívico y cultural. En el tránsito hacia el tercer milenio tal tipo de identidad se encuentra en reflujo. Al tiempo que la identidad nacional estatal ha sido corroída por las fuerzas de la globalización, su funcionalidad ha quedado expuesta a procesos de fragmentación, competición y elementos superpuestos de una múltiple y variada índole. La discontinuidad y heterogeneidad de los entramados sociales auspician que identidades diversas interactúen entre sí de una manera a menudo impredecible (Giddens, 1991; Melucci, 1989).

Con relación a nuestro análisis se considera a la etnoterritorialidad como aquella dimensión conceptual donde se desarrollan conflictos identitarios y movilizaciones políticas, y en donde los principales actores sociales son los grupos étnicos con un anclaje geográfico delimitado. Tal referente territorial es identificable dentro de los límites de politeyas de composición plurales (Moreno, 1988; Rudolph y Thompson, 1992).

La etnoterritorialidad incluye a ambas manifestaciones nacionales y regionales⁴. La tarea por establecer una secuenciación mecánica entre los fenómenos regionalista y nacionalista es compleja y de difícil objetivización. De ahí la dificultad de calificar y graduar ambas realidades etnoterritoriales. No obstante, los movimientos sociales de carácter regionalista o nacionalista comparten y se atribuyen una autopercepción de la identidad grupal que contrasta con la del conjunto de la ciudadanía del estado en el que están inmersos.

En las sociedades plurales contemporáneas los ciudadanos se adscriben a grupos de referencia que pueden estar en concurrencia entre sí (Barth, 1969). Ello produce una multiplicidad de identidades, dinámicas y a menudo concordantes, que no se expresan necesariamente de forma explícita. Al contrario de las prescripciones primordialistas⁵, los marcadores identitarios devienen maleables. Su expresión depende en buena medida de circunstancias contingenciales, siendo variable su intensidad (Anderson, 1983; Brass, 1991; Cohen, 1992; Hobsbawm, 1990).

Para los científicos sociales el problema surge a la hora de establecer líneas divisorias en la autoidentificación de los ciudadanos, así como en la interpretación de las causas de movilización política que se relacionan con las identidades territoriales. En realidad, existen identidades múltiples compatibles en diversos

⁴ Respecto a esta dualidad cabe preguntarse, ¿por qué no surge el nacionalismo político en regiones con características geográficas e identitarias bien definidas? Podrían mencionarse, al respecto, los casos del Languedoc, en Francia, o el *Mezzogiorno* en Italia. Nótese que la demarcación entre la dimensión etnoterritorial y la expresión política de la misma es una línea explicativa satisfactoria pero de difícil objetivación y generalización (Keating, 1988).

⁵ La escuela primordialista pone su mayor acento en la estructura cultural como principal fuente de conformación de la identidad étnica o etnicidad. De acuerdo a dicha perspectiva las identidades étnicas son fruto inexorable del pasado y, consecuentemente, no se "eligen" sino que se "otorgan" de acuerdo a la realidad social y los inexorables procesos de socialización en ella generados. La fuerza coercitiva primordial relaciona a los pares étnicos de forma inmediata e irreversible y no como resultado de la atracción personal, la necesidad táctica, el interés común o la obligación moral (Geertz, 1963, 1973).

grados y sujetas a una constante interiorización por los miembros de los grupos de adscripción (Greenfeld; 1992, Serrano, 1995; Smith, 1991). Como es el caso de la identidad europea⁶, los niveles supranacionales de pertenencia pueden integrar complementariamente identidades municipales, regionales, nacionales y estatales. Esta combinación identitaria está en la base de la articulación de instituciones que cooperan en diversos niveles institucionales y que comparten viejas soberanías y ámbitos de organización política.

En realidad, el resurgir de los movimientos políticos etnoterritoriales en el hemisferio occidental ha desafiado al modelo centralista del estado unitario (Keating, 1996, 1998). De acuerdo a las premisas del pluralismo cultural, dicha emergencia de los movimientos etnoterritoriales no se debe a un mero deseo de distintividad entre grupos. Se deben tomar en cuenta, igualmente, las relaciones de interacción intergrupales en el seno de los estados.

Algunos autores consideran que la acomodación territorial para asegurar la estabilidad política e institucional en sociedades plurales o poliarquías es prácticamente imposible. Las alternativas, aducen, son la ruptura del estado o la consolidación de un tipo de autoritarismo hegemónico que preserve la unidad estatal (Dahl, 1971; Horowitz, 1985)⁷. Incluso teóricos liberales que, en los últimos tiempos, han tratado de conciliar la dicotomía entre derechos individuales y derechos de grupo estiman que la acomodación de grupos etnonacionales--como es el caso de Quebec y la federación canadiense-- puede no constituir una solución estable, sino tan sólo un paso previo a la secesión (Kymlicka, 1996a)⁸.

Sin embargo, cabe considerar que el acuerdo, la cooperación etnoterritorial y el federalismo no sólo constituyen una manera de superar conflictos y enfrentamientos en politeyas de composición plural, sino que auspician una profundización de la democracia al facilitar un acceso más efectivo de la sociedad civil a la formación de decisiones políticas e institucionales (Linz, 1997; Moreno, 1997).

Las ciencias sociales, en general, y la sociología, en particular, han quedado también expuestas a los efectos más notables de la revolución informacional. Los cambios generados por la globalización han subrayado la obsolescencia de buena parte de sus útiles analíticos, conceptuales y metodológicos. Cabe señalar, sin embargo, que las aportaciones de las principales corrientes de la ciencia social anglosajona de los últimos tiempos ya habían creado confusión doctrinal en lo relativo al ámbito de nuestra discusión: las identidades políticas territoriales. No en

⁶ Según Alfonso Pérez Agote, el hecho de que dos identidades puedan ser subsumidas en una referida a una entidad superior no impide su posible relación de incompatibilidad (1994: 311). Ese podría ser el caso de las formas exclusivas de autoidentificación vasca y española en Euskadi en el contexto de la Unión Europea. Empero, la subsunción de ambas en la identidad comporta un nexo, aunque no sea deseado, de compatibilidad entre ambas.

⁷ La posición de Robert Dahl se alinea con la visión de Ernest Baker, quien sólo consideraba al secesionismo político y al autoritarismo como las dos opciones viables en poliarquías pluriétnicas. Al respecto, véase Walker Connor (1994: 124) y Juan José Linz (1973: 103-4).

⁸ Naturalmente pesa en el análisis normativo de Will Kymlicka el caso de Quebec, donde el 30 de octubre de 1995 se celebró un nuevo referéndum en el que los ciudadanos quebequeses se dividieron prácticamente en dos partes iguales respecto a su pertenencia a un homogéneo Canadá o a una 'asimétrica' federación con la posibilidad de un Quebec independiente.

vano, buena parte de sus enfoques se habían concentrado en la descripción y prescripción de categorías sociales cuyos contextos de referencia han sido EE.UU y Canadá, poco commensurables con las realidades sociales de otros continentes.

El funcionalismo, en su variante difusionista, había insistido en sus análisis normativos que, con la aceleración de la construcción estatal en los siglos XVIII y XIX por la extensión del liberalismo burgués y el capitalismo industrial, se provocaría una asimilación homogeneizadora de tipo cultural, político y económico dentro de los límites geográficos de la organización estatal en ciernes. Consiguientemente, las diferencias etnoterritoriales serían, paulatinamente, sustituidas por una nueva hornada de conflictos funcionales, especialmente de tipo material interclasista⁹. El curso de la historia, lejos de corroborar semejantes asertos los ha falsado repetidamente. Así ha sucedido con el resurgir de los movimientos etnoterritoriales en Europa¹⁰.

Científicos sociales de la *American School of Comparative Politics* interpretaron que los grandes trasvases de tipo humano desde la periferia a los centros urbanos difuminarían las identidades adscriptivas en favor de nuevos lazos asociativos de tipo funcional. Buena parte de los sociólogos y politólogos funcionalistas estadounidenses habían aceptado las tesis de Talcott Parsons y Karl Deutsch en el sentido de que el progreso universal requería de la integración asimilacionista, lo que implicaba sistemas sociales inclusivos y donde la destrribalización¹¹ se constituía como un implícito normativo para la consolidación de la sociedad moderna avanzada, en particular la estadounidense. Este modelo societario se proponía como ejemplo para el resto del mundo¹².

En línea con lo anterior se avanzó la idea del *melting pot* como expresión de la asimilación de los grupos de inmigrantes (que sí poseían el referente territorial de sus países de procedencia) en una identidad nacional y una ciudadanía estatal común. Tras un proceso de hibridación social, los distintos grupos étnicos se disolverían en un nuevo compuesto social y cultural. Nótese que la expresión inglesa hace referencia una caldera donde se funden metales diversos y de distinta procedencia para producir una nueva aleación.

Ya en los años sesenta, Glazer y Moynihan (1963) cuestionaron el concepto de *melting pot*, el cual reflejaba una visión del grupo hegemónico blanco, anglosajón y protestante (*WASP, White-Anglo-Saxon-Protestant*). En su estudio de la ciudad de Nueva York

⁹ Los postulados del marxismo clásico también han recogido básicamente esta interpretación de la evolución societaria contemporánea.

¹⁰ El caso de Escocia, vieja nación incluida en la familia de las 'sin estado', es paradigmático al respecto (Moreno, 1995).

¹¹ Para ambos la integración política y la construcción nacional constituyen la variable independiente en el análisis social de la cual dependen cultura y lengua (Deutsch, 1966).

¹² Estos teóricos funcionalistas, en sus variantes conductista y difusionista, han sido beligerantes ahistoricistas. Para ellos la historia es una mera sucesión de eventos que, merced a la ausencia de replicabilidad, no permite comparaciones y generalizaciones. Asocian la historia, además, con sociedades primitivas y premodernas, por lo que su estudio debería dejarse a los antropólogos culturales. Naturalmente, el énfasis cuantitativo y neopositivista está implícito en estas consideraciones, constituyendo uno de los rasgos más característico de la contemporánea ciencia social estadounidense. Véase, al respecto, Safran (1987).

dichos autores concluyeron que las diferencias entre los descendientes de irlandeses, italianos, judíos, negros y puertorriqueños eran mayores que sus similitudes como ciudadanos estadounidenses¹³. Aquellos se constituían como grupos de presión (*interest groups*) en pugna con otros colectivos étnicos por preservar y mejorar sus intereses y posiciones en la sociedad estadounidense.

Durante los años setenta y ochenta, los pluralistas culturales pasaron a considerar al asimilador *melting pot* como un 'cuenco de ensalada' (*salad bowl*), en el que los ingredientes conservan su apariencia y sabor. Dicha perspectiva fue la antesala al desarrollo, durante los años noventa, del multiculturalismo y su intento de conciliación de identidades diversas en sociedades democráticas.

El enfoque multicultural ha subrayado el valor de los derechos de las minorías, especialmente la de aquellos grupos de inmigrantes con culturas societarias propias¹⁴. Pero esta proclamación de derechos conlleva igualmente un programa de integración asimilacionista en la cultura societaria mayoritaria anglosajona basada en la lengua inglesa. Las políticas públicas de discriminación positiva (*affirmative action*) favorecedoras de la integración con plenitud de derechos económicos, políticos y sociales a afroamericanos, amerindios o hispanos no ocultan su pretensión por la 'anglo-conformidad' (Kymlicka, 1997b). La dualidad cívico-etnocultural se resiente de una concepción de la integración en la que la primacía instrumental queda establecida por la cultura societaria dominante (lengua, códigos de conducta, valores de intercambio social)¹⁵. Resultado de ello es un intento multicultural ambivalente que condiciona el reconocimiento mutuo de las identidades colectivas (Taylor, 1997).

La refutación de teorías y el examen de los efectos de la globalización han emplazado a los científicos sociales a elaborar nuestros marcos de comprensión y explicación de la vida social. El neoinstitucionalismo se inscribe en esta corriente de revitalización conceptual y analítica proveniente del otro lado del Atlántico. Señala dicha escuela de pensamiento, en sus tres variantes más características (sociológica, de elección racional e histórica), que las instituciones moldean las preferencias y objetivos de los actores en los procesos decisionales. Además, mediante el establecimiento de las 'reglas del juego' de poder e influencia, se condicionan igualmente los resultados de dichos procesos (Koelble, 1995).

El abrazo acrítico por parte de buena parte de los científicos sociales europeos de tales tesis es indicativa no sólo de la preeminencia académica anglosajona, sino de la escasa capacidad de renovación analítica en un continente donde las 'viejas'

¹³ Ya en 1947, el líder republicano, Thomas Dewey, que se enfrentó en las elecciones presidenciales de 1948 a Harry Truman, comentó utilizando un juego de palabras que "...la ciudad de Nueva York no es un *melting pot* sino un *boiling hot* (olla hirviendo)".

¹⁴ Will Kymlicka considera que tales culturas implican recuerdos, valores compartidos y hasta instituciones y prácticas sociales comunes (1997b).

¹⁵ Para liberales como Michael Walzer esta dualidad se compone de sombras (anonimato de ser americano-estadounidense) y luces (arraigo de ser judío-americano, afro-americano o irlandés-americano) (Beirain, 1996: 29). Naturalmente el valor cívico 'americano' está conformado principalmente por luces étnicas *WASP*, como se ha señalado anteriormente. Se denota en dichas aproximaciones, tal y como ha señalado Yael Tamir (1993), que la mayoría de los teóricos liberales son nacionalistas liberales, cuyo contexto de referencia es el estado-nación.

instituciones han venido conformando decisiones e identidades, y han constituido el grueso de las disquisiciones teóricas sociales de la modernidad. En particular, y en lo que afecta a la conducta de los grupos con identidad territorial sujetos de nuestro análisis, resta por profundizar en el conocimiento de los mecanismos de interrelación entre instituciones y afectividad. El dilema entre razones y emociones cobra con el fenómeno de la movilización etnoterritorial un nivel inextricable y de difícil deconstrucción categórica y conceptual.

Globalización, valores de mercado y el estado-nación.

En el momento en que las visiones universalistas de la existencia humana apuntaban hacia una fusión entre individualidad y globalidad, la especificidad grupal recobra de nuevo su protagonismo societario. Cuando se especula con un tránsito al relativismo posmodernista, el ciudadano finisecular se afana recreando añejas particularidades y raíces. De esta manera, se multiplican los referentes espaciales que legitiman la existencia social por la vía de la identidad.

En el mundo contemporáneo, los mitos étnicos y las pertenencias grupales siguen constituyendo el trasfondo de buena parte de los anhelos de la ciudadanía. En particular, las sociedades europeas refuerzan lazos seculares de integración en comunidades políticas de tamaño medio como las principalidades o las florecientes ciudades-estado de comienzos de la Edad Moderna.

Se producen, no obstante, otros efectos divergentes de amplio alcance en línea con la 'aldea global' postulada por Marshall McLuhan. La mundialización, impulsada por la revolución de las tecnologías de la comunicación, afecta decisivamente a la economía. El creciente peso de los flujos financieros ha provocado una profunda reestructuración de las formas capitalistas. Se ha apuntado la constitución de una emergente sociedad red (Castells, 1997), que se caracteriza por su forma de organización reticular en la que los intercambios sociales son, básicamente, de índole mediática e informacional.

El aumento de las telecomunicaciones ha sido espectacular en los últimos dos decenios. Medios de comunicación como el correo electrónico se han extendido masivamente en los países más desarrollados y en algunos sectores, como el académico, su uso se ha prácticamente generalizado. La telaraña comunicacional (*World Wide Web*) ya permea buena parte de la vida cotidiana, no sólo en las relaciones corporativas y profesionales, sino en las relativas al ocio de las generaciones más jóvenes socializadas en los soportes hipertextuales.

La revolución de las telecomunicaciones reproduce viejas dicotomías entre 'incluidos' o *insiders* (clases medias urbanas y con niveles educativos altos, principalmente) y excluidos o *outsiders* (clases subordinadas y con instrucción básica, mayores y población rural). Sin embargo, el acceso a los nuevos instrumentos de comunicación no posee un carácter socialmente restringido y su costo material no supone un impedimento para una gran mayoría de sus consumidores. Ello ha favorecido una difusión informacional que contribuye no sólo a la preservación de culturas minoritarias, sino su conocimiento por parte de otras.

El efecto de la globalización más palpable y relevante para nuestra discusión es el relativo a la superación del estado-nación como arena central en la que se ha venido representando la trama de vida económica durante las dos últimas centurias. En realidad, el estado-nación asiste como espectador, en muchas ocasiones pasivo, a la vorágine de las transacciones financieras planetarias¹⁶. Su antaño influyente política económica se plega a las constricciones impuestas por los mencionados flujos. Además, la movilidad geográfica no concierne sólo a los capitales, sino que incluye al conjunto del proceso productivo. Cítense, por ejemplo, el menor costo de componentes procedentes de terceros países y del transporte internacional, así como la transnacionalización corporativa (insumos, desregulación del tráfico aéreo, trabajo cualificado 'apátrida').

La mundialización conlleva una transferencia de autoridad y poder de los estados a los mercados. La índole de la competición y las pautas de conducta domésticas e internacionales están crecientemente conformadas por las nuevas reglas del mercado global y las estrategias de las empresas multinacionales. Pero tales reglas y pautas no son territorialmente neutrales. El mercado no se rige exclusivamente por intereses de rentabilidad al margen de los factores territoriales. En la consideración de las plazas financieras donde invertir o localizar nuevas industrias, priman los tipos de intereses e incentivos de radicación, pero también lo hacen circunstancias menos tangibles como puedan ser el desarrollo institucional y político del país destinatario, su sistema educativo, las afinidades de lengua y cultura entre origen y destino transaccional, o el clima de paz y la cohesión social¹⁷.

En línea con lo anterior, los creadores de opinión y la acción de los medios de comunicación influyen sobremedida en la elección de plazas financieras a la hora de colocar capitales 'cautivos' (fondos de pensiones o de inversión), o en la decisión de retirar instantáneamente inversiones más rentables de los denominados países en vías de desarrollo (casos, por ejemplo, del efecto 'tequila' en Sudamérica o de la crisis de los 'dragones' del Sudeste asiático)¹⁸.

¹⁶ Además su pasividad se torna en impotencia a la hora de controlar las internacionalizadas redes criminales, cuya capacidad de actuación desborda ampliamente el marco estatal. Contribuye a ello el hecho de que el sector 'sumergido' de la economía internacional cuente con la connivencia activa del sector financiero transnacional, como ilustra el 'lavado' de beneficios obtenidos por el tráfico ilegal de estupefacientes.

¹⁷ Según George Soros (1997) "Durante una expansión, el capital fluye del centro a la periferia; cuando la confianza se tambalea, tiende a volver a su origen". También en el terreno productivo las circunstancias mencionadas son importantes. En el caso de grandes inversiones para la localización de industrias la cuestión de la seguridad y paz sociales es crucial. A pesar del interés del entonces ejecutivo del grupo Volkswagen, el vasco José Ignacio López de Arriortúa, la multinacional alemana declinó a fines de 1993 la construcción de una nueva macro-factoría en Amorebieta. Según parece, pesaron sobremedida dos consideraciones en contra: (a) El clima provocado por la violencia política y el terrorismo, y (b) Las reacciones de los trabajadores de las factorías de Volkswagen en Barcelona, los cuales articularon territorialmente sus intereses mediante el 'veto' ejercido por los sindicatos de SEAT para la construcción de la fábrica en el País Vasco (Platón, 1994).

¹⁸ William Greider (1997) sostiene, por contraposición, que los flujos de capitales sólo se atienen al criterio de obtener mayores beneficios sin discriminaciones geográficas entre países. En cualquier caso, las crisis en Japón y el Sudeste asiático de finales de los años 90 han confirmado el axioma de que los mercados financieros internacionales son inestables por naturaleza.

Los mesogobiernos como actores de movilización política.

Los gobiernos de los estados-nación siguen negociando entre sí para fijar marcos de actuación económica (GATT, UEM, TLC, Mercosur), pero también negocian, y cada vez en mayor medida, con las corporaciones multinacionales. Su soberanía en el establecimiento de políticas económicas autónomas es más nominal que real. Incluso su capacidad de maniobra en el interior de sus estados se encuentra progresivamente condicionada por la mundialización económica. El caso de las políticas de planificación indicativa es ilustrativo¹⁹.

Junto con los efectos limitadores que la mundialización económica supone para los gobiernos estatales, la vocación centralizadora de los estados unitarios ha colisionado con los deseos autonomistas de regiones y municipalidades, divergencia generadora de no pocas tensiones, y que ha puesto de relevancia el rol cada vez más importante de los mesogobiernos.

Junto con los efectos limitadores que la mundialización económica supone para los gobiernos estatales, la vocación centralizadora de los estados unitarios ha colisionado con los deseos autonomistas de regiones y municipalidades, divergencia generadora de no pocas tensiones. Los mesogobiernos ya no dependen necesariamente de la acción racionalizadora de burocracias y élites centrales. En realidad las reglas del mercado global también atañen a los niveles subestatales, circunstancia que favorece su participación sin intermediarios. Mediante incentivos regionales, cesiones urbanísticas o acuerdos concertados con sindicatos y patronales locales, los mesogobiernos negocian directamente con las compañías transnacionales.

Con el refuerzo de las identidades territoriales locales y regionales se produce un mayor protagonismo de sus respectivas sociedades civiles. Los ejemplos en la Europa occidental no deben circunscribirse sólo a las manifestaciones electorales en la lucha por el poder político (CiU-Cataluña, CSU-Baviera, Lega-Padania o SNP-Escocia, pro ejemplo). También los movimientos sociales y los agentes de desarrollo local encuentran un contexto flexible y ágil a las necesidades cambiantes impuestas por la revolución informacional (tales como el Madrid metropolitano, París-*Île de France*, *Greater* Londres o la región de Bruselas). En éstos ámbitos las identidades territoriales no poseen una base necesariamente étnica, conviviendo junto a una vocación tradicionalmente cosmopolita un deseo por desarrollar una cultura cívica local.

Bien podría hablarse un nuevo comunitarismo en la Europea occidental, aunque habría que cualificarlo respecto a la casuística estadounidense, donde se prescribe un incipiente renacimiento de la comunidad de base local (Etzioni, 1993). Buena parte de las experiencias comunitaristas norteamericanas son actos reflejos

¹⁹ Dichas políticas fueron implantadas por los gobiernos franceses tras la Segunda Guerra Mundial para superar los momentos bajos del ciclo económico. Sin embargo, perdieron mucha de su 'credibilidad' desde el fracaso del primer gobierno socialista bajo el mandato de Mitterrand a principios de los años 80. Se pusieron en vigor, entonces, programas económicos reactivadores que iban a 'contra corriente' de una generalizada situación de contracción en el Viejo Continente. Al poco tiempo dichas políticas sufrieron un giro copernicano y se alinearon con las de ajuste y austeridad implantadas en la mayoría de los países europeos.

defensivos ante fracturas sociales apremiantes (criminalización), respuestas instrumentales ante las constricciones urbanísticas (zonas residenciales suburbanas), o instancias de socialización alternativas a las prácticas sociales imperantes (individualismo posesivo).

En el caso de las ciudades o las mesocomunidades del ámbito europeo no se trata tanto de la aparición de 'identidades de resistencia' ante la avalancha informacional de la sociedad red, como de identidades proyecto dotadas de una clara vocación proactiva²⁰. Además el referente supranacional del proceso de convergencia que se desarrolla en la Unión Europea aporta un elemento 'nuevo' de cosmopolitismo inherente a la propia cultura del Viejo Continente. Coyunturalmente, y ante los problemas económicos encarados por la Unión Europea en el contexto de una competencia global, se ha especulado con la idea de la secesión del Viejo Continente de la economía mundial. Según esta visión, el levantamiento de un muro aduanero preservaría las conquistas sociales de generaciones de esforzados europeos, amén de mantener un compensado ritmo de crecimiento (Castells, 1996). Sin embargo, semejante curso aislacionista abocaría al europeísmo cosmopolita a una mudanza, cuando menos, desnaturalizadora.

Conclusión: un nuevo localismo cosmopolita

En el umbral del tercer milenio los ciudadanos confrontan un escenario de acelerado cambio social. Los efectos de los últimos desarrollos tecnológicos se dejan sentir en un refuerzo de carácter 'descendente' de las identificaciones sociales y un fortalecimiento 'ascendente' de la mundialización de la economía. Ambas tendencias conllevan elementos de incertidumbre y condicionan las transformaciones sociales en curso. En este contexto se denota una conjunción, en diversos grados y medidas, de lo propio y lo ajeno.

Subyace en todo el proceso del cambio tecnológico en curso un énfasis en lo territorial e identitario. Conceptos tradicionalmente orillados en los principales debates académicos contemporáneos, tales como los de autonomía territorial, descentralización, etnicidad o identidades colectivas, son ahora objeto de una febril revisión. Hasta la fecha, el interés predominante de científicos sociales y decisores públicos (*policy makers*) se había concentrado en la discusión sobre la eficacia y eficiencia de las instituciones estatales en la provisión de los servicios ciudadanos. Los enfoques teóricos han fijado su atención analítica en otras consideraciones. Los procesos de construcción estatal y formación nacional en el desarrollo de los estados modernos, las relaciones intergubernamentales en el seno los estados contemporáneos, y la crisis de legitimidad de las instituciones políticas del estado-nación han pasado a ocupar un lugar preeminente en los análisis y prescripciones.

Como no podía ser menos, la dimensión funcional de la sociedad incide decisivamente en todos los aspectos de las organizaciones humanas. Los alineamientos y fracturas de clase, grupo y género son factores estructurantes de la vida social. Pero los elementos de identidad y territorio son igualmente responsables

²⁰ Para Manuel Castells (1997) las identidades proyecto no parecen surgir de antiguas identidades de la sociedad civil de la era industrial, sino del desarrollo de las identidades resistencia actuales. El argumento es circular en su dimensión territorial, ya que en el caso norteamericano no cabe aducir la existencia de ése tipo de identidades fuertemente arraigadas en el sentir de los pueblos europeos.

de la cohesión y dispersión sociopolíticas. Sucede, además, que los ciudadanos muestran su disposición a integrar complementariamente identidades varias correspondientes a los diversos niveles políticos de las instituciones territoriales (municipales, regionales, nacionales, supraestatales

El marco estatal asiste a una pérdida progresiva de su protagonismo. La mundialización implica un trasvase de autoridad a los mercados internacionales. Simultáneamente los mesogobiernos han acrecentado considerablemente su capacidad de influencia en áreas acotadas tradicionalmente al poder de los estados. Los ciudadanos también interiorizan las identidades múltiples en un modo que posibilita un acceso más efectivo de la sociedad civil a la formación de decisiones políticas institucionales. El grado de congruencia entre lo particular y lo general es mayor.

Los procesos de descentralización y Europeización se desarrollan en un período de crecimiento económico estable caracterizado por la ausencia de guerras entre los otrora poderosos estados-nación. Existen visiones de futuro alternativas que asocian a la globalización la posibilidad siempre latente de nuevos conflictos entre los estados, de 'guerras' comerciales entre las regiones mundiales, o del incremento del fundamentalismo religioso y la xenofobia con efectos potencialmente explosivos (Chomsky, 1994). Cabe, sin embargo, interpretar los procesos en curso como nuevas formas de civilización capaces de revitalizar la congruencia entre unidad y diversidad y como germen de un nuevo localismo cosmopolita con amplias implicaciones para el devenir futuro de la ciudadanía.

Referencias bibliográficas

Anderson, Benedict (1983), *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*. Londres: Verso. Ed. en castellano: (1993), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Barth, Fredrik (ed.) (1969), *Ethnic Groups and Boundaries. The Social Organization of Culture Difference*. Boston: Little, Brown & Co. Ed. en castellano: (1976), *Los grupos étnicos y sus fronteras: La organización social de las diferencias culturales*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Beriain, Josetxo (1996), 'La identidad colectiva dual de las sociedades modernas'. *Inguruak*, nº 14, pp. 9-42.

Brass, Paul (1991), *Ethnicity and Nationalism. Theory and Comparison*. Nueva Delhi: Sage.

Castells, Manuel (1996), 'El dilema europeo', *El País*, (10 de abril).

-(1997), *El poder de la identidad*. (Vol. nº 2, *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*). Madrid: Alianza.

Chomsky, Noam (1994), *World Orders, Old and New*. Londres: Pluto.

Connor, Walker (1994), *Ethnonationalism. The Quest for Understanding*. Princeton, NJ: Princeton University Press. Ed. en castellano: (1998), *Etnonacionalismo*. Madrid: Trama.

Cohen, Anthony (1992), *The Symbolic Construction of Community*, 1ª ed., 1985. Londres: Routledge.

Dahl, Robert (1971), *Polyarchy, Participation and Opposition*. New Haven: Yale University Press. Ed. en castellano: (1990), *La poliarquía. Participación y oposición*. Madrid: Tecnos.

Deutsch, Karl (1966), *Nationalism and Social Communication* (2ª Ed). Nueva York: M.I.T. Press.

Etzioni, Amitai (1993), *The Spirit of Community. Rights, Responsibilities, and the Communitarian Agenda*. Nueva York: Crown.

Fligstein, Neil (1998), *Is Globalization the Cause of the Crises of Welfare States?* Working paper SPS 98/5. Florencia: Instituto Universitario Europeo.

Geertz, Clifford (ed.) (1963), *Old Societies and New States. The Quest for Modernity in Asia and Africa*. Nueva York: Free Press.

-(1973), *The Interpretation of Cultures*. Nueva York: Basic Books.

Giddens, Anthony (1991), *Modernity and Post-Modernity: Self and Society in the Late Modern Age*. Cambridge: Polity Press.

Glazer, Nathan y Moynihan, Daniel (1963), *Beyond the Melting Pot*. Cambridge, MA: M.I.T & Harvard University Press, 1963.

Greenfeld, Liah (1992), *Nationalism. Five Roads to Modernity*. Londres: Harvard University Press.

Greider, William (1997), *One World, Ready or Not: The Manic Logic of Global Capitalism*. Nueva York. Simon & Schuster.

Hobsbawm, Eric (1990), *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth and Reality*. Cambridge: Cambridge University Press.

Horowitz, Donald (1985), *Ethnic Groups in Conflict*. Berkeley, CA: University of California Press.

Keating, Michael (1988), *State and Regional Nationalism. Territorial Politics and the European State*. Brighton: Harvester Wheatsheaf.

-(1996), *Naciones contra el Estado. El nacionalismo de Cataluña, Quebec, y Escocia*. Barcelona: Ariel.

-(1998), *The New Regionalism in Western Europe. Territorial Restructuring and Political Change*. Cheltenham: Edward Elgar.

Koelble, Thomas (1995), 'The New Institutionalism in Political Science and Sociology', *Comparative Politics*, Vol. 27, nº 2, pp. 231-243.

Kymlicka, Will (1996a), 'Federalismo, nacionalismo y multiculturalismo', *Revista Internacional de Filosofía Política*, nº 7, pp. 20-54.

-(1996b), 'Derechos individuales y derechos de grupo en la democracia liberal', *Isegoría*, nº 14, pp. 5-36.

Linz, Juan José (1973), 'Early State-Building and the Late Peripheral Nationalisms against the State: the case of Spain', en Eisenstadt, Samuel y Rokkan, Stein (eds.), *Building States and Nations: Models, Analyses and Data Across Three Worlds*. Beverly Hills, CA: Sage, pp. 32-116.

-(1997), *Democracy, Multinationalism and Federalism*. Working paper 1997/103. Madrid: Instituto Juan March (CEACS).

Máiz, Ramón (1999), 'Democracy, Federalism and Nationalism in Multinational States', *Nationalism & Ethnic Politics*, Vol. 15, nº 3-4, pp. 35-60.

Melucci, Alberto (1989), *Nomads of the Present*. Londres: Hutchinson Radius.

Moreno, Luis (1988), 'Identificación dual y autonomía política', *REIS*, nº 42, pp. 155-174.

-(1995), *Escocia, nación y razón. Dos milenios de política y sociedad*. Madrid: CSIC.

-(1997), *La federalización de España. Poder político y territorio*. Madrid: Siglo XXI.

Pérez-Agote, Alfonso (1994), 'Un modelo fenomenológico-genético para el análisis comparativo de la dimensión política de las identidades colectivas en el Estado de las Autonomías', en Beramendi, Justo G.; Máiz, Ramón y Núñez, Xosé M. (eds.), *Nationalism in Europe. Past and Present*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago, pp.307-323.

Platón, Miguel (1994), *La amenaza separatista. Mitos y realidad de los nacionalismos en España*. Madrid: Temas de Hoy

Rudolph, Jr., Joseph R. y Thompson, J. Robert (1992), *Política etnoterritorial. Desafíos en las democracias occidentales*. Barcelona: Pomares-Corredor.

Safran, William (1987), 'Ethnic Mobilization, Modernization, and Ideology: Jacobinism, Marxism, Organicism and Functionalism', *The Journal of Ethnic Studies*, Vol. 15, nº 1, pp. 1-31.

-y Máiz, Ramón (eds.) (2000), *Identity and Territorial Autonomy in Plural Societies*. Londres: Frank Cass.

Serrano, Araceli (1995), *Identidades étnicas versus identidades cívico-territoriales como tipos ideales de identidad nacional. Discursos, actitudes y bases sociales. Una comparación entre Cataluña y País Vasco*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.

Smith, Anthony (1991), *National Identity*. Londres: Penguin.

Soros, George (1997), 'Hacia una sociedad abierta global', *El País*, (23 de diciembre).

Strange, Susan (1995), 'The Limits of Politics', *Government and Opposition*, Vol. 30 , nº 3, pp. 291-311.

Tamir, Yael (1993), *Liberal Nationalism*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Taylor, Charles (1996), 'Identidad y reconocimiento', *Revista Internacional de Filosofía Política*, nº 7, pp. 10-19.

Wallerstein, Immanuel, *The Modern World-System: Vol. 1 (1974): Capitalist agriculture and the origins of the European world-economy in the sixteenth century*. Nueva York: Academic Press; Vol. 2 (1980); *Mercantilism and the consolidation of the European world-economy, 1600-1750*. Nueva York: Academic Press; Vol. 3 (1989), *The second era of great expansion of the capitalist world-economy, 1730-1840s*. Nueva York: Academic Press. Ed. en castellano: (1979, 1984), *El moderno sistema mundial (Vols 1 y 2)*,. Madrid: Siglo XXI.

-(1984), 'Household Structures and Labor-force Formation in the Capitalist World-Economy', en Joan Smith, Immanuel Wallerstein y Hans-Dieter Evers (eds.), *Households and the World Economy*. Beverly Hills: Sage, pp. 17-22.